

¿Los mozos de estación, que, ataridos, invandian la cabina del coche-cama? «Meramente, por su apariencia física, comprendí cuál debía ser la ideología a la que obedecía aquella masa...» La escritora parece estar impuesta en antropología política, cree en las razas ideológicas. Además, «aquella masa» no tenía o profesaba una ideología, sino que la «obedecía». La meditadora del ferrocarril no dice que comprendió cuál «debía de ser», y sí cuál «debía ser» la ideología de aquella masa. Y esto «meramente por su apariencia física». De modo que la lectora de Fernando de los Ríos, en cuanto ve una apariencia física, le asigna implacablemente una ideología. El «debe ser» no implica una deducción, sino una asignación autoritaria y fatal. La culta ferrocarrilana, que pasó un «frío siberiano» en la estación de Chamartín y que por un momento creyó, debido a la apariencia física de la masa, viajar en el transiberiano, piensa enloquecer. «Quedé anonadada». Pues lo que entendía que gritaba la masa era «¡Franco, Franco, Franco...!» Y sigue: «Pero como en estos días hemos visto cosas tan asombrosas, ya casi estaba dispuesta a ceptar un nuevo misterio, cuando, prestando una mayor atención, entendí que lo que se gritaba era «¡Paco, Paco, Paco...!» Si esto que cuenta la niña de la estación no es simpático, que venga Dios y lo vea. Por fin...» dos jóvenes enarbolan una pancarta: «¡Paco, tus camaradas de la construcción te saludan!» ¡Acabáramos! Unos minutos después la observadora del expreso ve a Paco. Estaba «pálido como persona que ha vivido algún tiempo confinado en un local cerrado». ¿No es delicioso? ¡En un local cerrado! Tal vez por eso

la escritora vio marcarse en el rostro de Paco «un rictus de insolencia». Antes le había parecido, por las gafas, «un escritor o un enlace sindical». La deducción es cartesiana, ya se ve. El caso es que ya no se gritaba «¡Paco!», sino «¡Amnistía!». Dice la taquígrafa de la Renfe: «El tono era éste: «¡Am-nis-tía!» Los gritos «ahogaban la música de los altavoces, la cual momentos antes había estado tocando (para Victoria Armesto la música toca, no es tocada) la sonata de...» ¿A que no adivinan de quién? ¡Del «Doctor Zivago»!

La musa de los caminos de hierro nos alecciona después acerca de la «violencia inherente al color rojo», explicando que «en nuestra propia bandera nacional la violencia del rojo está matizada y mediatizada por ese amarillo dorado que nos hace pensar en los campos de trigo de Castilla, en el sol de Valencia y en el oro que nos llevaron los rusos».

Finalmente, la escritora nos dice que se enteró en Bilbao, por la prensa, de que Paco era Francisco García Salve. Muchas personas le «aseguraron» que le conocieron y trataron cuando «Paco» aún se llamaba «don Francisco» y era jesuita. Y con ese fino desprecio hacia un hombre del que muy pocas horas antes no sabía nada, termina Victoria Armesto su balada. ■ ALBERTINA.

HAY QUE LEER LA PRENSA DEL CORAZON

A aquel que se crea el rey de todo el mundo informativo leyendo la prensa madrileña, la de



ESPERANDO A GODOY

Un amigo gallego me decía el otro día con visible satisfacción: «Hemos cerrado una vieja etapa. Ahora comenzamos otra vieja etapa». Nada más evidente y tranquilizador. Lo más bonito de lo nuevo es lo que conserva de lo viejo, por la alegría que conlleva todo reconocimiento. Uno creía que ya no iba a saber orientarse y de pronto vuelven a aparecer los antiguos mojones de carretera en plena selva inexplorada. Uno se pertrecha bien, se abrocha la guerrera hasta el cuello, abraza la adarga y esgrime la espada, y se lanza a lo ignoto: cuando recupera uno la calma, ve que ha pasado del dormitorio al retrete y comienza a lavarse los dientes, suspirando de agradecimiento. En último término, la novedad más grata sería lo perfectamente antiguo, la vejez más acrisolada que sólo tuviera de nuevo eso, el mismo presentarse tan sin rebozo. Además, lo realmente nuevo es lo primeval, lo originario; cuanto más retroceda uno hacia el origen, más probabilidades tiene de encontrar algo radicalmente inédito: nuevo, lo que se dice nuevo, el dinosaurio.

Lo que no acabo de entender es esta propaganda de la paciencia que se ha puesto últimamente de moda en los irónicamente llamados «mass media». Por todas partes le recomiendan a uno paciencia en todos los tonos, desde la paternal reconvencción del «espera, que ahora viene lo bueno» hasta el más autoritario «como empujen, cierro y me voy». La paciencia es la panacea universal, es el laxante y el crecepepo milagroso de la política. Clava uno una pata de silla en el suelo, la riega todos los días y con paciencia termina consiguiendo un cedro del Líbano; mete uno una alpargata en una jaula, le echa alpiste y puede esperar pacientemente hasta que empiece a cantar. La cosa es razonable: si uno no puede comprarse un jilguero ni atrapar un grillo, que es más modesto pero también hace ruido, bueno será contentarse con el canto silencioso de la alpargata. Para eso precisamente es para lo que sirve la paciencia. Pero insisto en que no entiendo lo de tanto insistir en la tal virtud: ¡cómo si aquí se viese impaciencia desatada por alguna parte! Todo el mundo espera la venida milagrosa de quien ha de salvarnos, la transmutación que convertirá las piedras en panes, a los viejos políticos en nuevos viejos políticos y a las alpargatas en jilgueros. «¡Lo que venga vendrá de Arriba!», dice la gente mirando hacia las Personalidades que entran en liza o que aguardan su oportunidad. Se espera, en último término, a Godoy, al Príncipe de la Paz, que nos traiga las naranjas de la guerra ganada lejos, sin nuestra intervención ni nuestro esfuerzo.

¿Para qué recomendar paciencia? Paciencia es precisamente lo que hay de sobra. Ya lo decía Cervantes: «Los males que no tienen fuerza para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia». Y Lope, aún más cercano:

«La paciencia,
tan enseñada a callar...» ■ SAVATER

